

de Almonte, se dirigió al Palacio de Saint Cloud, en donde estaba, a la sazón, la familia imperial.

El Emperador, pretextando enfermedad resistíase a recibir a la Emperatriz Carlota, pero al fin tuvo que acceder a sus reiteradas instancias. La conversación fue larga y acalorada; pidió cuadros de oficiales para el ejército mexicano; indicó la conveniencia de que fuera removido Bazaine; suplicó que se aplazara la salida de las tropas francesas hasta abril de 1867 y se concediese el plazo de un año para el pago de la deuda que el imperio había contraído.

Varias conferencias más tuvo la Emperatriz, sin lograr lo que tanto anhelaba, y aunque Napoleón no llegó a dar una negativa absoluta a sus peticiones, salió de Saint Cloud desesperanzada, convencida de que del gobierno francés no habría de recibir ni un franco ni un soldado más.

Con el corazón hecho pedazos salió para Italia y en Venecia se embarcó para Miramar adonde llegó el 29 de agosto. Allí celebró la fiesta del 16 de septiembre y el 18 se puso en camino para Roma. El día 27 del mismo mes se presentó oficialmente al Papa y al ser recibida, con semblante alterado y sobrecogida de espanto, dijo: "Estoy envenenada, y allí afuera están los que por orden de Napoleón me han envenenado".

Hora y media estuvo la Emperatriz con el Papa, y toda la conversación giró sobre el mismo tema: el Emperador atentaba contra su vida por medio del veneno.

Al devolverle Pío IX la visita, la conversación siguió el mismo rumbo extraviado. Ninguna de las personas de su séquito había notado síntomas de locura, aunque sí habían advertido en ella cosas raras que llamaban la atención.

El día 10 de octubre fue nuevamente a ver al Papa y se quedó todo el día en el Vaticano, sin querer separarse del Santo Padre, que era la única persona que le inspiraba confianza. Llegada la noche no quiso salir del Vaticano y allí durmió con su camarista.

La noticia de la enfermedad se comunicó al Conde de Flandes, hermano de la Emperatriz, que llegó a Roma el día 8 de octubre. Determinó llevarla a Miramar, en espera de órdenes de Maximiliano.

La emperatriz no llegó a curarse de su enfermedad y murió en el castillo de Bouchout, en Bélgica, el 19 de enero de 1927, de avanzada edad, pues había nacido en 1810.

OCUPACION DE GUAYMAS.— Los republicanos, mandados por los generales Angel Martínez y Pesqueira, alcanzaron unas importantes victorias en el Estado de Sonora.— Derrotaron a las fuerzas imperialistas mandadas por Lamberg y Tánori. El citado jefe francés murió en el combate efectuado en Guadalupe el 4 de septiembre.

Con esta victoria ocuparon los liberales la plaza de Ures y después entraron en la ciudad de Guaymas que, por orden de Bazaine, habían abandonado los franceses.

Los generales y oficiales imperialistas mexicanos, en número de 15, salieron por mar hacia la Baja California, al mismo tiempo que los franceses se embarcaban en Guaymas.

El Gen. Martínez envió un barco de guerra en persecución de los mexicanos; los alcanzó e hizo a todos prisioneros. Fueron llevados a Guaymas y fusilados todos el 25 de septiembre.

El Gen. Refugio Tánori, indio de raza pura, murió con la serenidad y valor que siempre había demostrado en los campos de batalla.

Mientras, en Oaxaca, el Gen. Porfirio Díaz continuaba su campaña y el Gen. Diego Alvarez hacía otro tanto en Guerrero.

LLEGAN NOTICIAS DE LA EMPERATRIZ. El 18 de octubre se recibió un despacho telegráfico en que se daba a conocer la enfermedad de la Emperatriz. Con esto y la noticia de la infructuosa entrevista de Carlota con Napoleón, ya no le quedaba ninguna esperanza a Maximiliano que pensó, desde luego, abdicar, abandonar su patria adoptiva en donde había tenido tantos sinsabores e ir a unirse con su infeliz esposa.

Se retiró a Chapultepec dando orden de que a nadie se recibiese, pretextando enfermedad. Hizo situar después bastantes tropas en el camino de Veracruz y salió para Orizaba el 21 de octubre. Antes de salir, encargó al P. Fisher que pusiera en conocimiento de Lares, jefe del gabinete, su salida que efectuaba con objeto de cambiar de aires, por prescripción médica.

Parece que la idea de Maximiliano era llegar a Veracruz donde tenía ya una parte de su equipaje, y embarcarse para Europa. En vista de esto, Lares procuró entrevistar al Emperador para hacerle comprender que si los conservadores se le habían unido y los ministros habían aceptado sus respectivos cargos para ayudarlo cuando Francia lo abandonaba, ellos renunciarían ahora si él abdicaba, pero que le seguirían adictos y dispuestos a sacrificarse por él si, por su parte, se decidía a conservar el trono.



Lares no logró ver al Emperador y lo único que consiguió — fue que el doctor Basch, médico del Archiduque, le entregara a éste una carta en que le exponía sus ideas. Maximiliano comunicó a Bazaine la determinación de sus ministros y el mariscal se ofreció a reprimir cualquier desorden y a dar seguridades al gobierno.

La salida del Emperador se efectuó el día 21. En Ayotla, a corta distancia de la capital, se encontró con el Gen. Castelnau, pero Maximiliano no lo quiso recibir, dando como motivo el estado de su salud; así es que siguió su camino y llegó a Orizaba el día 27.

El Gen. Castelnau venía con amplísimas facultades de parte de Napoleón para procurar solucionar la situación y, especialmente, decidir a Maximiliano a renunciar al trono.

SANTA ANNA Y GONZÁLEZ ORTEGA. — Mientras esto pasaba en México, Antonio López de Santa Anna y Jesús González Ortega, cada uno por su parte, procuraban hacerse de armas, recursos y gente en E. Unidos, venirse a México y acabar con el Imperio. Pero, cada uno de los dos generales pensaba obrar en su propio provecho.

G. Ortega no había olvidado sus derechos a la presidencia, y Santa Anna esperaba también llegar al poder, llamado por la opinión pública para que fusionara los partidos. Con la esperanza de ser bien acogido por el elemento católico, procuró sobre todo enganchar soldados irlandeses, residentes en E. Unidos, — por ser ellos de ideas católicas. Para mejor atraérselos, les prometió tierras, gracias a lo cual logró reunir un ejército de 2000 hombres, bien equipados y disciplinados. Agenció, además, un empréstito para los gastos de la campaña. Así se vengaría de Benito Juárez quien, con todo desprecio, había rehusado sus servicios en contra del Imperio.

G. Ortega lanzó un manifiesto el 26 de octubre, declarando que, como presidente constitucional de México, se disponía a partir para ese país y encargarse del gobierno.

Los E. Unidos, resueltos a no reconocer más gobierno en México que el de Juárez y a favorecerle a él solo, dieron órdenes al Comandante del Distrito de Río Grande, para obrar en contra de Santa Anna y otros facciosos.

Francia había pensado que, dado el caso que abdicara Maximiliano, el individuo que más garantías podría prestar y más positivas ventajas pudiera darle, era G. Ortega; pero, el hecho de haber nombrado los E. Unidos a Campbell como ministro plenipotenciario cerca de Juárez, desbarató los planes de los intrigan-

tes y de Francia también.

En noviembre de 1866 se embarcó G. Ortega con algunos jefes que estaban dispuestos a ayudarlo y en el momento de hacerse a la mar fue hecho prisionero, en Brazos de Santiago, el 3 del citado mes. Protestó G. Ortega contra el acto de arresto, pero — esto en nada hizo cambiar la actitud de los E. Unidos.

G. Ortega a quien la autoridad norteamericana puso en libertad al poco tiempo, logró penetrar en el país. Se dirigió a Zacatecas en compañía del Gen. Patoni, y allí lanzó un manifiesto en contra de Juárez, acusándolo de haber sido causa de la prolongación de la guerra civil y de haber solicitado la intervención americana para ayudarlo.

Juárez dio orden al Gen. Miguel Anza para que apresara a G. Ortega, lo cual se verificó el 9 de enero de 1867, y se le desterró por orden del presidente.

González Ortega volvió más tarde al país, y murió en Saltillo en febrero de 1881.

El 3 de junio llegó Santa Anna a Veracruz en el vapor Virginia, y bajó a tierra en San Juan de Ulúa. Acariciaba la idea de un pronunciamiento. El día 7 el comodoro Roe, que mandaba el barco de guerra Tacony, de los E. Unidos, se fue a bordo del Virginia e intimó a Santa Anna la orden de pasarse a su buque, de grado o por fuerza. El mismo Roe dio orden al capitán del Virginia que al día siguiente, 8, se presentase en Sacrificios. Así se hizo y allí volvió Santa Anna al Virginia que siguió su viaje. El día 11 llegaron a Sisal (Yucatán) en donde se presentó a bordo el Gen. Peraza, comandante de las fuerzas, pidiendo que le fuese entregado el Gen. Santa Anna, cosa que se ejecutó en el acto.

LLEGADA DE MARQUEZ EL 9 de noviembre llegaron a Veracruz Miramón y Márquez: éste había sido llamado

por Maximiliano, mientras el primero había vuelto sin licencia. Márquez se puso en camino para Orizaba en donde se presentó al Emperador a quien informó que Miramón estaba en Veracruz en donde se había quedado, temiendo presentarse — por haberse embarcado sin previo permiso. El Archiduque ordenó que se le llamara, y lo recibió con muestras de la mayor cordialidad, como lo había hecho con Márquez.

Ambos generales ofrecieron a servirle con toda fidelidad — hasta dar sus vidas, si era necesario, para defender el trono. — "Márquez y Miramón, dice el Dr. Basch, habían sido enviados a Europa, por Maximiliano, al principio de su reinado, para desembarazarse de los conservadores y ahora, a pesar de aquella medida injusta, se ofrecían a defenderlo en el momento en que Francia —



abandonaba al Archiduque".

Si los conservadores habían llamado a Maximiliano, supieron también sostenerlo hasta el fin, con una abnegación a toda prueba y que el Emperador no pudo menos que admirar.

LA JUNTA EN ORIZABA.— Castelnaud había venido con el cargo de decidir a Maximiliano a renunciar y buscar una solución a la situación, es decir, ver cómo se organizaba un gobierno con quien tratar para dar protección a los intereses franceses y facilitar el reembarque de las tropas. — Convencido el Emperador que no le quedaba más disyuntiva que abdicar o ser abandonado, pues el enviado de Napoleón le había repetido que de Francia no recibiría ni un franco ni un soldado — más, accedió a renunciar al trono, pero mediante ciertas condiciones, a saber:

Que Francia se comprometiera a reembarcar las tropas austriacas y belgas; que se interesara por la suerte de los soldados de esos países y que habían quedado mutilados en los combates; que se pusiera al nuevo gobierno en estado de asegurar la suerte de la princesa de Iturbide y de su hijo; en fin, que se reservasen empleos a las personas que trabajaban en la secretaría de su casa y se les pagasen dos meses de sueldo.

Desgraciadamente la abdicación no se llevó a cabo. El Padre Fisher dijo a Maximiliano que no debía abandonar a los conservadores, quienes, por su parte, estaban dispuestos a sostenerlo con toda fidelidad.

Como para hacerle abandonar la idea de abdicación concurrió un conjunto de circunstancias que influyeron notablemente en el ánimo del Emperador. En primer lugar, M. Eloin le había escrito aconsejándole que no abdicara; pero al mismo tiempo recibía una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía, que le decía "que se sepultara entre los escombros de México, antes que someterse a las exigencias de los franceses". Por su parte, el Barón de Lago, embajador de Austria, le ponía en conocimiento que el Emperador Francisco José no le permitiría entrar en sus dominios. Por último, la llegada oportuna de los generales Miramón y Márquez que pusieron sus espadas a su servicio, le hizo concebir esperanzas de poder sostenerse en el trono y consolidarlo.

Antes de tomar una resolución definitiva, quiso consultar a sus ministros y consejeros de Estado. Reunidos éstos en Orizaba el 20 de noviembre, Teodosio Lares leyó un autógrafo de Maximiliano en que manifestaba la decisión de poner en manos del pueblo mexicano la misión que le había confiado, etc.

De los 23 que formaban parte de la junta, Siliceo y Cortés-Esparza opinaron por la abdicación; diez, entre ellos Lares, votaron por la permanencia del Archiduque; once se adhirieron a la opinión de Lacunza para que se aplazara la abdicación, lo cual equivalía a la permanencia en el poder.

El día 29 tomó el Emperador la resolución de quedarse en México. Comunicada la decisión de Maximiliano a Napoleón, éste escribió a Castelnaud: "No obliguéis al Emperador a abdicar, pero no retardéis la salida de las tropas. Embarcad a todos los que no quieran quedarse".

Decidido a quedarse Maximiliano, ordenó la formación de tres cuerpos de ejército, al mando de los generales Miramón, Márquez y Mejía. El primero operaría en la parte noroeste de la República, el segundo en el centro y el tercero en la parte noreste.

OCUPACION DE OAXACA. Porfirio Díaz, desde su evasión, había seguido hostigando a las fuerzas

francesas. El 3 de octubre venció al Cor. Testard en Miahuatlán, y el día 18 obtenía otra brillante victoria en el punto llamado "La Carbonera" en donde derrotó al Príncipe Kevenhüller que tenía a su mando 1500 hombres, casi todos austriacos. El enemigo tuvo muchas bajas y dejó en poder de Porfirio Díaz todos sus elementos de guerra.

Después de estas victorias, la ocupación de Oaxaca podía considerarse como segura. Los republicanos estrecharon el sitio, de manera que el día 30 de octubre capitularon los sitiados sin otra garantía que la de su vida.

Los franceses se retiraron de Mazatlán que fue ocupada por las fuerzas liberales. Además, las tropas de Corona, mandadas por el Cor. Eulogio Parra y Donato Guerra derrotaron a los imperialistas, mandados por Sayan, el 18 de diciembre, en el punto llamado "La Coronilla" a un cuarto de milla de Santa Ana Amatlán, haciéndole 372 prisioneros y tomándoles todo su parque y armamento. Tres días después entraron las fuerzas republicanas en Guadalajara, en donde fueron perfectamente tratados los prisioneros de guerra hechos a los franceses.

Ramón Corona mandó una expedición para apoderarse de Colima, en donde estaba el Gen. Felipe Chacón ya hostilizado por las fuerzas liberales desde el principio del mes de enero. Como esta expedición no logró tomar la plaza, salió el Gen. Corona, el día 25, en dirección a Colima. Los dos jefes convinieron en celebrar un arreglo para evitar mayor derramamiento de sangre, y los imperialistas ese mismo día evacuaron la plaza que fue ocupada por los republicanos.



MAXIMILIANO REGRESA A MEXICO  
NUEVA JUNTA

El 12 de diciembre dejó Maximiliano la ciudad de Orizaba para dirigirse a la capital. Pasó unos días en Puebla, de donde salió el 3 de enero de 1867 y llegó el día 5 a la hacienda de la Teja.

Maximiliano fue instado nuevamente por los franceses para que abdicara, pues Bazaine le había dicho: "Desde el día en que los E. Unidos han puesto altamente su veto al sistema imperial, la existencia del trono es efímera, aun cuando hubiese obtenido V. M. 100.000 franceses... Hoy mi opinión es que V. M. se retire espontáneamente".

En vista de esto, citó el Emperador a una Junta para consultar una vez más la opinión acerca de lo que convenía hacer. Esa junta se verificó el 14 de enero y asistieron a ella 35 prominentes imperialistas y el mismo Bazaine. Siete votaron por la abdicación, el mariscal entre otros. Este último leyó un escrito en francés en que dijo, entre otras cosas que, atendiendo a la situación militar, hacendaria y política, —pues la opinión de la mayoría de la nación parecía más republicana que imperialista— juzgaba imposible que su Majestad pudiera continuar gobernando el país.

D. Alejandro Arango y Escandón leyó su discurso después del mariscal, aplicándole las mismas palabras que el Papa Paulo IV había dirigido al Duque de Guisa, a quien el Rey de Francia, Enrique II había enviado a protegerlo contra Felipe II: "Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia; nada, absolutamente nada por vuestra honra".

Conocida la opinión de la Junta, Maximiliano resolvióse definitivamente a quedarse en México. "Esa junta, dice Pérez Verdía, fue como el consejo de guerra que condenó a muerte a Maximiliano".

El 21 de enero, cuando se cumplían tres meses de haber salido el Archiduque de la capital, volvía a ella dispuesto a triunfar o a morir.

TOMA DE ZACATECAS. A fines de diciembre de 1866, salió BATAJIA DE SAN JACINTO. — Miramón para el interior con 400 hombres con intentos de combatir a Escobedo y a Corona. Los republicanos habían ocupado Zacatecas y se había establecido allí el gobierno de Juárez el 22 de enero. — San Luis Potosí había sido abandonada por Mejía y ocupada por el Gen. Treviño.

Al salir Miramón de la capital, ignoraba la caída de Guada-

lajara y San Luis. Se apoderó fácilmente de Aguascalientes y pasó a Guanajuato para hacerse de recursos, aunque consiguió muy pocos. Después de haberse puesto de acuerdo con el Gen. Severo del Castillo sobre un plan de campaña, marchó violentamente sobre Zacatecas para sorprender a los liberales. Las fuerzas de Miramón, en combinación con las de S. Del Castillo, atacaron vigorosamente la plaza el día 27 de enero y lograron tomarla después de pocas horas de combate.

El presidente Juárez y sus ministros apenas tuvieron tiempo de ponerse en salvo, gracias a la velocidad del carruaje en que huían, y se establecieron en Jérez.

Pocos días después el Gen. Liceaga fue vencido por el Gen. Antillón, y abandonó la ciudad de Guanajuato retirándose a Querétaro con Mejía.

Sabedor Escobedo de lo acontecido en Zacatecas, salió de San Luis Potosí, para esa ciudad. En camino atacó a las fuerzas de Miramón cerca de la hacienda llamada San Jacinto, el 1.º de febrero. Los imperialistas tuvieron una completa derrota, no habiendo podido Miramón mantener el ánimo de sus tropas. Quedaron en poder de los republicanos armas, municiones, trenes, dinero y equipajes. Los vencidos tuvieron más de 100 muertos, un número mayor de heridos y cerca de 500 prisioneros, de los que 139 eran franceses. Entre los prisioneros estaba Joaquín Miramón, hermano del general, que había sido herido de un pie.

El general vencido, sin desalentarse procuró incorporar sus fuerzas con las del Gen. Castillo, y se le unió en Ojuelos. El Gen. Herrera y Cairo, creyendo encontrar sólo a Castillo, pues sabía que Miramón había sido derrotado, salió en su contra y los encontró en la hacienda de la Quemada, en camino rumbo a Querétaro.

El 4 de febrero se entabló la lucha, venciendo completamente los imperialistas a los liberales, quienes entre otras pérdidas tuvieron que lamentar la muerte del bravo Gen. Herrera y Cairo.

Los prisioneros hechos fueron tratados con consideración. Se dio sepultura al Gen. Herrera y siguieron los vencedores después su marcha en dirección a Querétaro.

El día 8 de febrero por la mañana fue fusilado Joaquín Miramón y, el mismo día y después de él lo fueron los 139 prisioneros franceses en pelotones de corto número. Esta terrible ejecución duró dos horas, que lo fueron de penosa agonía para los infelices que esperaban su turno.

Esas ejecuciones llamaron la atención tanto en Europa como en los E. Unidos. El escritor republicano Pedro Prunedá dice que